



Universidad Nacional de Córdoba
Repositorio Digital Universitario

La sociedad en números. Un avatar discursivo de la modernidad

Norma Fatala

Cómo citar el trabajo:

Fatala, N. (2014). La sociedad en números. Un avatar discursivo de la modernidad. En Zalba, E. M. y Deamici, C. A. *Actas del IX Congreso Argentino y IV Congreso Internacional de Semiótica de la Asociación Argentina de Semiótica: Derivas de la Semiótica. Teorías, metodologías e interdisciplinaridades*. Mendoza: Mirada Semiológica. Disponible en: <http://hdl.handle.net/11086/6169>

Licencia:

Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



La sociedad en números. Un avatar discursivo de la modernidad

Norma Fatala

nfatala_ar@yahoo.com.ar

Resumen

Los debates políticos, económicos y periodísticos de la actualidad tienen en común la relevancia de las referencias numéricas (estadísticas, porcentajes,...). No se trata, sin embargo, de un fundamento aporético. Por el contrario, las luchas simbólicas involucran a menudo no sólo un conflicto de interpretaciones, sino también la impugnación de esas cifras que están *en lugar de* la sociedad. Su difusión en la doxa ha echado sombras sobre la “realidad” de los números y el estatuto científico de las estadísticas, revelando su carácter de artefactos retóricos; esto es, en términos angentianos (2008), su pertenencia al orden de lo verosímil y no al de las certezas necesarias.

En ese sentido, este trabajo propone – a partir de un corpus de discursos mediatizados por la prensa gráfica de Córdoba- una indagación sociosemiótica de las regularidades y lugares comunes de la construcción de lo real social fundada en los números, así como de sus desplazamientos.

Palabras clave: discurso social – estadística – realidad

Keywords: social discourse - statistics – reality

En un texto ya clásico, Eliseo Verón sostiene que, en las sociedades massmediáticas, los medios producen la actualidad como “realidad en devenir, presente como experiencia colectiva para los actores sociales” (1987, p. IV-V). Esta actualidad, que excede las experiencias vividas de los individuos, instala un estado de cosas socialmente compartido, cuya realidad puede argumentarse a partir de sus múltiples efectos de poder (cf. Verón, 1993, p. 134), sin perjuicio de reconocer de que se trata de una construcción simbólica, una producción de la realidad que presupone, en términos de Durkheim, cierta homogeneidad en la concepción “*del tiempo, del espacio, del número, de la causa*” (cit. Bourdieu, 1999, p.67).

En ese sentido, este trabajo es un subproducto del análisis de polémicas políticas y periodísticas acerca de la interpretación de los resultados electorales, de estadísticas -de empleo, pobreza, etc.- o de encuestas de opinión; es decir, de números que funcionarían como *diagramas* de la estructura “real” / relacional/ de la sociedad. La profusión de situaciones en que las mismas referencias numéricas son utilizadas para fundamentar posiciones a veces encontradas y, más aún, las luchas simbólicas por la producción de los números “verdaderos”, me llevaron a considerar la necesidad de examinar más detenidamente el empleo de cifras en los discursos mediatizados; es decir, en la construcción de “lo real social”. Esto implica una opción que no es la de una semiótica de las

matemáticas, más interesada en la lógica propia del discurso esotérico, sino, más bien, una indagación semiótica de los usos retóricos -i.e., discursivos – del número.

Tan cerca de la perfección sígnica como desearía Peirce – una amalgama de caracteres icónicos, indiciales y simbólicos, aunque las proporciones y dominancias fluctúan-, los números fueron históricamente aceptados como una clave para la comprensión del mundo, ya se tratara de los números místicos de las religiones o de operaciones matemáticas. No es muy arriesgado entonces postular que la actual proliferación de cifras y su aceptabilidad se asientan sobre dos *topoi* o presupuestos (cf. Angenot, 1989, p28) de larga duración, producto de la penetración de los discursos especializados en la doxa común y de su correlativa banalización: el prestigio de la matemática, reina de las ciencias, condenada a alcanzar lo cierto y lo necesario mediante el razonamiento riguroso y preciso, y la sospecha del lenguaje natural, avatares de la oposición ciencia/ideología que tensiona los debates de la segunda modernidad. No se trata, por supuesto, de nociones “claras y distintas”, sino de conglomerados difusos, de extensión y comprensión variables, que redundan, sin embargo, en la generalizada naturalización de la superior relación del número con la verdad: “los números no mienten”, dice el refrán popular.

En ese sentido, pueden incluirse entre los *operadores realistas* que Barthes denominó *informantes*: “datos puros, inmediatamente significantes” cuya función es “autenticar la realidad del referente” (1974, p.21-22). Aunque el semiólogo francés se refería a textos ficcionales, se trata de un recurso muy empleado en la *producción de verdad* por los discursos doxológicos - fundamentalmente, el periodístico y el político-; pero también en la divulgación mediatizada de discursos esotéricos, como el económico, el sociológico o el demográfico.

Contar

Si consideramos la definición de número en un diccionario común, vemos que la abstracción es la característica determinante: “Cada uno de los entes abstractos que forman una serie ordenada y que indican la cantidad de los elementos de un conjunto” (Larousse, 1997). Sin embargo, el uso más básico de los números, el de la cuenta, revela su relación con la corporeidad, la base perceptiva del reconocimiento y serialización de unidades discretas que el propio sistema digital ejemplifica. La base indicial, “intuitiva” de los números naturales hace que esta “noción fundamental de las matemáticas que permite contar, clasificar los objetos y medir magnitudes” - dice el diccionario- resista una definición rigurosa.

Resulta así sólo aparentemente paradójico que el prestigio dóxico del número repose en ambas cosas a la vez: por una parte, en la abstracción que lo transforma en un universal, independiente del

tiempo y el espacio, y, por otra, en la constatación empírica de que sólo lo que existe (esto es, “lo real”) puede ser contado.

Precisamente, el realismo implícito en la cuenta induce a menudo un paralogismo, un presupuesto fundado en la inversión de la prueba: *todo lo que es contado existe*. Tanto así que la contabilización de eventos no ocurridos “realiza”, es decir, hace existir, lo que aún es virtual:

Anticipan dos “per saltum” ante la Corte por la reforma judicial (HDC, 12/06/13, p.3)

No se comercializará por 5 días la producción del campo (HDC, 12/06/13, p.4)

Es más interesante, sin embargo, considerar los casos en que las cifras designan a individuos anónimos que sólo contingentemente han adquirido estatuto público, esto es, han ingresado a la actualidad massmediática *como números de una clase*:

Cinco detenidos por el crimen del ciudadano peruano (HDC, 07/08/13, p. 9)

Río Tercero: detuvieron a seis presuntos boqueteros (HDC, 10/06/13, p.12)

Imputaron a 11 choferes (HDC, 07/06/13, p. 1)

Dos muertos en un accidente (HDC, 07/08/13, p. 9)

La violencia urbana se cobró cinco vidas (HDC, 14/08/13, p. 9)

Rosario: dos víctimas estaban abrazadas (HDC, 14/08/13, p. 9)

Disturbios en Egipto por la sentencia a muerte de 21 personas (LVI, 10/03/13, p. A 25)

Afganistán: 8 niños muertos en atentados (LVI, 10/03/13, p. A 25)

Como se observará, los números potencian el dramatismo de las titulaciones, porque operan como *índices de existencia*; pero, simultáneamente, producen una individualización sin particularidades, unidades discretas de la clase de los muertos, los heridos, las víctimas, los detenidos, los sentenciados.... En los acontecimientos locales, algunos nombres pueden aparecer en el cuerpo de la noticia; pero en las noticias internacionales, el número agota la designación.

La cantidad rige no sólo la fugaz inscripción de los “hombres ordinarios” (De Certeau) en lo real social sino también, en el caso de una continuidad noticiosa, su narrativa; ya que la lógica temporal toma la forma de una ampliación o de una disminución de la serie:

Serían siete los bebés fallecidos por meningitis (HDC, 26/06/13, p. 4)

Llegan a ocho las muertes por gripe A en la provincia (HDC, 01/07/13, p. 9)

Ascienden a 18 los muertos por la explosión de Rosario (HDC, 12/08/13, p. 9)

Reportaron tres nuevos casos de dengue (LVI, 10/03/13, p. A 7)

Pero la primacía de la cantidad desborda las construcciones subjetivas para saturar los acontecimientos. El número, podríamos decir, es *la medida de todas las cosas*, el parámetro axiológico de la tragedia, del horror, o de los logros:

Muertos en choques superaron los cien (LVI, 10/03/13, p.26)

Tres muertos y centenares de heridos en un choque de trenes (HDC, 14/06/13, p. 6)
Turquía: más de 4.000 heridos por las protestas (HDC, 25/06/13, p. 2).
Estados Unidos: tornados dejan 12 muertos (HDC 3/06/13, p. 9)
Siria: son más de 80.000 las víctimas mortales (HDC, 13/05/13, p. 2)
Secuestraron 1.000 kilos de cocaína (HDC, 11/06/13, p.12)
El fin de semana largo hubo un millón de turistas en el país (HDC, 24/06/13, p.9)
Mestre presentó los nuevos 200 ómnibus del transporte (HDC, 02/09/2013, p.5)

El presupuesto que subyace a todos estos títulos no es otro que “*más es más*”, viejo *topoi* revitalizado por la exasperación cuantificadora y estadística del capitalismo tardío. No es infrecuente, sin embargo, que la relación aparezca explicitada en el discurso de los medios o de los funcionarios públicos:

Al menos 19 bomberos murieron en las últimas horas en un incendio forestal ocurrido en Arizona, Estados Unidos. Fuentes oficiales confirmaron la muerte de los trabajadores y la destrucción de 200 casas y de 800 hectáreas de bosques [...] (“Tragedia”, HDC, 02/07/13, p. 9)

Cada vez demandan más tratamientos por adicciones en Córdoba (LVI, 21/04/13, p. A 7)

[...] El ministro resaltó que desde el 8 de marzo, cuando se puso en marcha el programa SALVA, ya hubo 14 detenidos, y aseguró que “en la provincia, en lo que va del año ya hubo 13 femicidios. Es una cantidad que sin el botón [antipánico] sería superior” [...] (“Salvó a una madre de su propio hijo”, HDC, 24/06/13, p. 12).

El juez de la Corte Suprema de Justicia, Eugenio Zaffaroni, presentó ayer un informe sobre la tasa de homicidios cometidos en 2012 en Ciudad de Buenos Aires, el conurbano bonaerense y La Plata, en que se reveló que “no hay un número alarmante de homicidios”. Acompañado por su colega Juan Carlos Maqueda y por el ministro de Seguridad de la Nación, Arturo Puricelli, el magistrado destacó que el estudio aclara que “la incidencia de menores inimputables en la cantidad de homicidios es muy baja” (“El número de homicidios ‘no es alarmante’”, HDC, 19/11/13, p. 3).

En el primer caso, como se verá, el título (“Tragedia”) sintetiza la valoración negativa del *más*, que aparece explícitamente en el título que sigue. En el tercer ejemplo, el discurso del ministro se articula en torno a la valoración positiva del *menos*, al igual que el informe del juez Zaffaroni, en el último texto. Es decir, todos reposan sobre el presupuesto de que es posible *medir* el bien y el mal social en números, prescindiendo de la *calidad* de los fenómenos. Llevada a sus últimas consecuencias, esta lógica hace depender los conceptos y su investimento axiológico de la cantidad

Hace ya muchos años, Borges señaló la vacuidad del debate en torno al *número* de desaparecidos, puesto que lo que define la violación de los derechos humanos no es la cantidad, sino la calidad de los actos. Sin embargo, como muestran los siguientes títulos, todos referidos a delitos de lesa humanidad, la construcción mediática de *verdad* y *justicia* sigue atrapada en el “realismo” de los números:

Cien testimonios (HDC, 08/08/13, Magazine, p.1)

Presentan al nieto 109 (HDC, 07/08/13, p.3)

Se viene el sexto juicio por delitos de lesa humanidad (HDC, 10/06/13, p. 7)

Medir

No es un secreto que la medida y el cálculo atraviesan la modernidad y la formación de las sociedades de masa, pero sería ingenuo no considerar la exasperación de este rasgo en los discursos sociales en relación con la mediatización, privatización y banalización de la estadística que se opera en las últimas décadas del siglo XX.

Originalmente herramientas del Estado para el control de las poblaciones, las estadísticas ilustran una peculiar relación entre política y ciencia, ya que una de las primeras respuestas científicas a la pregunta política fundamental - *¿qué hacer con las masas?*- fue *cuantificarlas* (cf. Foucault 1990 p. 169-70). Pero, por al menos dos siglos, la estadística siguió siendo un asunto de los discursos esotéricos que se afanaban por producir una estructura *racional* (matemáticamente "verdadera"), *estratificada* y *calculable* -en términos de Peirce (1974, p.47), un *diagrama*- de la sociedad, cuyo horizonte de aplicación eran las políticas públicas.

Su difusión en la sociedad civil y, sobre todo, su aplicación con fines privados marcan el umbral de la multiplicación de sus efectos de poder. Cuando a mediados del siglo XX, Horkheimer y Adorno (1969, p. 149-150) se preocupaban por la reducción de las masas a "material estadístico" con relación a los consumos culturales, focalizaban en realidad sólo un aspecto parcial de una tendencia que en las décadas siguientes modificaría de manera sustancial la construcción simbólica de las comunidades humanas. Transformadas en operadores dóxicos por la mediatización, las encuestas y estadísticas terminarán por trasponer la lógica del marketing a todas las formas de la vida social. Esto permite, entre otras cosas, traducir las opciones políticas en consumos que pueden "medirse" a través de encuestas y también "desdramatizar", transformándolos en cifras, los efectos colaterales de la concentración de la riqueza y la especulación financiera, como el empobrecimiento generalizado.

Para ilustrar, veamos un artículo publicado en los 90, en la sección económica de *La Voz del Interior* (tercer diario del país por su tirada), bajo el ingenioso título "Quién es quién en el mercado argentino". Se trata de un informe sobre un "nuevo índice de nivel socioeconómico para la Argentina", producto de una investigación de mercado realizada por la Asociación Argentina de Marketing, que interpreta a la sociedad como una grilla de sectores consumidores. Entre los resultados que se resumen, se destaca el siguiente apartado:

Los pobres también consumen: aunque los sectores bajos están muy extendidos, hay que alejar el prejuicio de que toda clase baja es marginal y que no consume. Como consejo para las empresas, Schmeichel sostiene que "tienen que elaborar estrategias para la clase baja, porque

gran parte del volumen que ellos comercializan se dirige a estos sectores. Son el 55 por ciento de la población y aunque tomen menos gaseosas que otros sectores, los millones de litros que consumen son muchísimos y no deben ser desestimados como consumidores” (R. Accotto, “Quién es quién en el mercado argentino”, LVI, 14/02/93, p. E 3).

El altísimo índice de pobreza, insólito para la Argentina, es considerado *sólo* como un indicador de los consumos posibles, para recordar a los empresarios sus condiciones de recepción (un *capitalismo de pobres*, como dice Angenot). La escasa aceptabilidad de esta lectura para el destinatario genérico de un periódico de información de tirada masiva, que no se reduce a la *business people*, hace que la periodista encuentre necesario reproducir una aclaración de la investigadora: “el nuevo Inse es únicamente una herramienta comercial que no pretende resolver cuestiones sociológicas”. Esta tan conveniente autonomización de la economía de sus efectos sociales (cf. Bourdieu, 2001, p.20) tiene, sin embargo, los años contados. Para el fin de siglo, los números de la recesión, del desempleo, de la indigencia, del riesgo país... se corporizarán en las calles y plazas tomadas por “el numeroso innumerable”, como lo llamó Derrida.

El giro político producido en la Argentina a partir del 2002 (cf. Fatala, 2010) va a reconfigurar la topología global de los discursos, desplazando al discurso económico de la centralidad que ostentara en los 90, pero esto no hace mella en el afán estadístico. Por el contrario, el Estado reencontrado requiere de los números para mostrar sus logros, el crecimiento de la economía, de la recaudación impositiva, de las exportaciones, del empleo; la disminución del trabajo infantil, de la repitencia escolar... Hasta la cultura, esa magnitud tan continua, se mide en números.



El imperio de la cantidad muestra que la recuperación de espacio simbólico operada por el discurso político después de 2001 no constituye, definitivamente, un retorno del pasado, pero tampoco una ruptura plena con la década anterior. Al igual que los economistas neoliberales, los políticos de la nueva era necesitan “hacer cerrar los números”, aunque esta vez incluyan los de la legitimación social de las políticas del estado.

De allí que las luchas por el poder simbólico a menudo devienen luchas por el control de los números. En sus términos más tradicionales, esto concierne a la interpretación de las cifras; interpretación que, debidamente mediatizada, ejercerá un control sobre el polo del reconocimiento, restringiendo la dispersión de los interpretantes y encauzando las *tendencias* más o menos efímeras que encuestas y sondeos dan a luz.

Pero la forma más agónica de estas luchas atañe a la *producción* de los números. El caso testigo, por supuesto, es la intervención gubernamental en el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) que, además de motivar intensos debates mediáticos, ha detonado una multiplicación de mediciones alternativas por parte de diversas fuentes institucionales (universidades, sindicatos, consultoras, fundaciones económicas, etc.).

No escapan las consecuencias dóxicas de esta confrontación, que hace visible el carácter retórico - esto es, verosímil y no necesariamente verdadero- de las cifras que se presentan como diagrama de la sociedad, desplazando las certidumbres al lugar de producción. Pero el lugar de producción no es incólume a la desestabilización de la creencia: la asimetría gnoseológica que fundaba el efecto de real de los números aparece ahora sobredeterminada por la modalización ética del enunciador.

En el discurso político, esto induce la puesta en escena de una confrontación por la verdad, para beneficio de un enunciatario neutro (el *auditorio universal* (Angenot 2008, pp.85-6), o, en términos veronianos, el *paradestinatario*), con el cual el enunciador “comparte” las “evidencias” que desmienten las estadísticas del adversario:

El candidato a diputado nacional por el Frente Renovador, Sergio Massa insistió ayer en advertir que “la inflación es la primera enemiga” del país y lanzó duras críticas hacia el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) [...]

“E1 INDEC no puede seguir mintiendo. Todo el mundo sabe que no se puede comer con seis pesos por día. Lo que hay que entender es que necesitamos una estadística seria, que nos va a hacer crecer con el país”, sostuvo [...] (“Massa cuestionó al INDEC”, HDC, 05/09/2013, p.5)

Hay, sin duda, más complejidad y *pathos* en el discurso de los ciudadanos comunes. La carta de un lector que agrega a su firma la especificación “técnico”, ejemplifica los cambios operados en las condiciones de reconocimiento, pero también sus limitaciones:

[...] La pregunta difícil de responder es si los involucrados en tomar datos y divulgar diferentes valores de inflación responden a un perfil con alto sentido de veracidad, honradez e imparcialidad.

Todos los argentinos tenemos conocimiento de la inflación de 2012, pero no su valor porcentual. Lo que publican las consultoras privadas no es creíble, por falta de rigor estadístico, solo se emite para alentar la especulación en la cadena de producción y comercialización. El único organismo con recursos humanos, capacidad técnica y logística para estimar el valor de la inflación es el Indec, que no lo dice o no lo hace (“Inflación y estadística”, De nuestros lectores, HDC 10/06/13, p. 6).

En efecto, el desplazamiento de la creencia y la sospecha desesperanzada, tanto de las fuentes privadas como estatales, parecen obturar, y no sólo en este caso, cualquier duda acerca de *la traducibilidad de los fenómenos sociales a cifras*. Todo parece reducirse a alcanzar los “buenos números”.

Sin embargo, producir los “buenos números” es un objetivo político tradicional en las sociedades de masas. Los “buenos números” sustentan la legitimidad porque son *existentes* (votos de una elección, asistentes a un acto político...) que pueden ser *contados y registrados* (por la prensa, por la televisión). El giro de tuerca más actual de este dispositivo consiste en producir buenos números *para la estadística*. Un verdadero trabajo de producción de lo real que involucra diversas formas de manipulación, a menudo fundadas también en encuestas o estadísticas, cuyo encadenamiento pone en evidencia el carácter producido/productor de las cifras.

Trataré de ejemplificar brevemente esta especie particular de semiosis social:

- El 6 de agosto, un consultor afín al gobierno nacional pronostica, con relación a las elecciones primarias (PASO) que se disputarán el siguiente domingo, “*Se viene un rotundo triunfo kirchnerista*” (Artemio López, HDC, 06/08/13). Esta afirmación no se sustenta en sondeos de intención de voto, sino en cifras de la macroeconomía (que no incluyen la inflación), y de la ayuda social, y en su favorable comparación con la crisis del 2009 (cuando el kirchnerismo hizo una mala elección legislativa). Lo que aparece a primera vista como una falacia causal (las “buenas razones” no conducen *necesariamente* al éxito), puede leerse también como una forma de manipulación basada en el “interés racional”, que transforma la continuidad del gobierno en objeto de deseo.

- El día después de las elecciones, el periódico subtitula la noticia de tapa “*El Kirchnerismo hizo una mala elección en el país*” (HDC, 12/08/13, p.1), y confirma esa evaluación en otra nota de la misma página (“*El FpV lideró con una floja performance*”), fundándose en el porcentaje de votos obtenidos (menos del 30%).

- Pero, diez días más tarde, reproduce los resultados de una encuesta realizada por otra consultora (Mora y Araujo) que arroja un alto porcentaje de conformidad con la acción del gobierno ("*Con el 61% de aprobación*", HDC, 22/08/13, p.3)

Es decir, cifras que "desmienten" el resultado de las primarias y señalan el reinicio de la manipulación numérica con vistas a las elecciones de octubre

En suma...

La primacía de la cantidad y el mandato de la medida y el cálculo, *topoi* de larga persistencia en la modernidad capitalista, han reforzado su predominio en la producción de *lo real* social; pero, paradójicamente, al costo de debilitar la mucho más antigua relación del número con la verdad.

La divulgación mediática de herramientas matemáticas de los campos esotéricos, la multiplicación de aplicaciones banales y poco rigurosas y su transformación en objeto (de deseo/ de temor) en procedimientos de manipulación han vuelto visible la condición del número como producto/ productor, induciendo en reconocimiento *un saber sobre el modo de producción* de las cifras que desplaza la creencia al lugar de producción; pero, a la vez, aplanan la asimetría gnoseológica en la relación enunciativa y subordina la modalización cognitiva a la modalización ética.

Podría decirse que, a medida que retroceden la iconicidad universal y la indicialidad existencial del número, prevalece su condición de símbolo y, por lo tanto, el carácter no necesario de su relación con la verdad.

Estos avatares del número deberían inscribirse, a mi entender, en la indagación de un fenómeno más extendido que involucra el alicaído estatuto dóxico de las ciencias, la crisis de la razón (de lo razonable) y las ambiguas (¿complementarias?) relaciones entre racionalidad instrumental e hipertrofia de la opinión.

Fuentes periodísticas

Hoy Día Córdoba (HDC)

La Voz del Interior (LVI)

Bibliografía

ANGENOT, M. (1989). *1889 Un état du discours social*. Québec: Le Préambule.

ANGENOT, M. (2008). *Dialogues de sourds. Traité de rhétorique antilogique*. París : Mille et une nuits.

- BARTHES, R. (1974). Introducción al análisis estructural de los relatos. En R. Barthes et al., *Análisis estructural del relato* (pp.9-43). Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- BOURDIEU, P. (1999). Sobre el poder simbólico. En P. Bourdieu, *Intelectuales, política y poder* (pp. 65-73). Bs. As. : Eudeba.
- BOURDIEU, P. (2001) *Las estructuras sociales de la economía*. Buenos Aires: Manantial.
- EL PEQUEÑO LAROUSSE ILUSTRADO (1997) México: Larousse.
- FATALA, N. (2010). De la bancarrota del Estado a la salvación de la Nación. El discurso político argentino en (la) crisis. En H. Ponce de la Fuente y M. T. Dalmaso (ed.): *Semiótica y discurso social. Diálogos trasandinos* (pp. 61-84). Santiago de Chile: RIL Ed.
- FOUCAULT, M. (1990). *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- HORKHEIMER, M. y ADORNO, T. W. (1969). *Dialéctica del iluminismo*. Buenos Aires: Sur.
- PEIRCE, Ch. S. (1974). *La ciencia de la semiótica*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- VERÓN, E. (1987). *Construir el acontecimiento*. Buenos Aires: Gedisa.
- VERÓN, E. (1993). *La semiosis social*. Barcelona: Gedisa.